



Siempre que llovió...

Víctor Pintos

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e342>

## Siempre que llovió...

### whenever it rained ...

Víctor Pintos

Periodista, escritor, productor audiovisual y escuchador de discos

Bob Dylan, artesano de canciones, 78 años, dice que aquel *era un día oscuro en Dallas*. Habla de la ciudad más importante del estado de Texas, en el sur de los Estados Unidos, su país. Da la fecha: *noviembre del 63*, y no dice el día justo pero sabemos que se refiere al 22 de noviembre. Hace mucho y sin embargo tan poco. De 1963 al 2020. Dylan, en ese momento, tenía 22 años; yo acababa de cumplir 5. Dice que aquel fue *un día que vivirá en la infamia*. Dylan es cantante pero acá no canta sino que dice por sobre una música que parece una letanía: *El presidente Kennedy gozaba de mucho éxito*. Y ahí aparece la película, una filmación en blanco y negro que vimos miles de veces: un auto negro que avanza entre la multitud con banderitas hasta que llega el tiro. Dice Dylan: *Un buen día para vivir y un buen día para morir*. Lo que sigue es una maravilla que dura 17 minutos en total. Una canción. Se llama *Murder Most Foul* y creo que será, al menos a mí, en los días que me queden, la referencia más fuerte de este tiempo de cuarentena que todos, los más chicos y los más grandes, estamos viviendo. Dylan, yo, todos. No puedo no pensar cómo es que en este tiempo reciente de la humanidad en el que veíamos que todo era urgente y debía ser breve, para alguien en el mundo como yo, y quizá para algunos más como yo, lo significativo sea una canción que dura 17 minutos. O sea cinco veces más que cualquiera del mundo pop, que anda de los tres a los cuatro minutos.



Entretanto, las redes sociales tejen un entramado complejo, volátil, siniestro, maravilloso, perverso, adorable y también detestable, contando de estas horas. Otro tanto hacen los medios de información, los convencionales y los otros nuevos aún no catalogados por la gente común. Y todo, estando tan inmóvil y aparentemente detenido en las medidas de tiempo y espacio, es un torbellino que amenaza con estresar la humanidad.

¿Queda algo más que refugiarse en dichos populares que aseguran que *siempre que llovió, paró*, y que *no hay mal que dure cien años*? Quién lo sabe.

Quizá convenga tener memoria. Una vez, no hace tanto, existió la pandemia de la poliomielitis, que concluyó como amenaza para toda la humanidad a mitad de los años 60, cuando ya habían asesinado al presidente Kennedy, y tronaban Los Beatles, y el Che Guevara, siempre guerrillero aunque fuese un funcionario, era empezado a ver como un *rock star*, y Bob Dylan era llamado el nuevo profeta de los jóvenes en el mundo. La polio dejó de ser una amenaza cuando llegó la vacuna Sabin que eran unas gotitas amargas que tiernamente se endulzaban dentro de un dado de azúcar. Y antes habíamos temido a la tuberculosis, que fue una enfermedad mortal hasta que apareció la penicilina, y gracias a la cual un día del comienzo de los 60, o sea tampoco hace tanto, Cosquín, pequeña ciudad serrana de Córdoba, famosa por su aire puro, decidió sacarse de encima el estigma de ser el refugio de los tuberculosos e inventó un festival.

Parece increíble que hasta los comunicadores, supuestamente gente más informada que el común de nuestros congéneres, hayamos caído en el error de decir que esto del coronavirus nos pasa a la humanidad por primera vez. Como si antes, y no tan antes, no hubiéramos sufrido lo ya apuntado, y un poco más lejos en el tiempo, también la fiebre amarilla y la gripe española y la gripe rusa y la gripe asiática y la peste bubónica y el cólera.

Antes no tuvimos Internet y celulares y Facebook y WhatsApp y Zoom y la televisión por cable, está claro. Pero todo esto, creo, nos ayudó y a la vez nos confinó al peor de los infiernos. Todo depende del temple de cada uno.

Antes de la pandemia y de la cuarentena, llegamos a decir que con estas vías de comunicación todos estábamos cada vez más conectados y también cada vez más solos. Después tuvimos la certeza de que, más allá de podíamos estar cada vez más conectados, algo tan nada visible como la Fe y Dios, y la Esperanza y el Miedo, ese algo llamado COVID-19, podía ponernos en una soledad cierta y concreta. Y tuvimos que bancarla.



En estos días de confinamiento que algunos torpemente llamaron de cárcel, escribí poco y nada en Facebook, en Twitter y en Instagram. y eso fue posiblemente como una reacción ante tanta verborragia y charlatanería que veía que pululaba por aquí y por allá. Solo hice un posteo un rato después de que el presidente Alberto Fernández anunciara la extensión de la cuarentena, viendo que mientras algunos aplaudían la medida, otros empezaban a quejarse. Puse: *Los nueve rehenes de la Dictadura en Uruguay estuvieron 12 años en prisión. Y sin saber si iban a contarla. Hoy nosotros miramos la película en Netflix y decimos, livianos de cuerpo, 12 años. ¡Fueron d-o-c-e años! Ahora se alarga la cuarentena, que no es prisión, y a todos, o a alguna gente, le parece una eternidad y se queja. ¿Qué son estos días de cuarentena de un otoño al lado de aquellos otros días y noches durante 12 años? Así que no exageremos. No jodamos. Que esto no es para mal de ninguno sino para bien de todos.*

De esta cuarentena nos queda una tarea por hacer, y que se conecta directamente con lo que las chicas nos enseñaron con la marea verde: tenemos mucho que *desaprender*.

Pero veo difícil que todos, o una gran mayoría de los todos implicados, estén dispuestos a acometer con eso. Es que el mundo está muy dividido, y la grieta mayor –no hablo de la grieta de Lanata y de los otros de su calaña- me parece que es la que divide el mundo de *los altruistas* y el de *los egoístas*. El de aquellos que se ocupa de sí y de sus vecinos, y de sus compatriotas todos, y de sus iguales (sus iguales somos todos los seres humanos que vivimos en una misma casa), y el de quienes proclaman a viva voz que nadie les regaló nada y que todo lo que tienen lo hicieron con su propio esfuerzo, que no les importa nadie más allá de su propia humanidad y de la de sus seres más cercanos, y que la gente se mide más por la cantidad y la calidad de las posesiones a su nombre que por aquello que puede ser.

Tenemos que aprender de una vez por todas que hasta lo más seguro, que podría ser que después del invierno viene la primavera y después el verano, es extremadamente frágil, y que la mayor fortuna depositada en un banco, o incluso aquella no declarada y que está en un paraíso fiscal, no alcanza para comprar el aire que cada uno necesita y va a seguir necesitando para respirar.

Tenemos que aprender a escuchar a los viejos. Atahualpa Yupanqui decía que *cada vez que se muere un viejo, se incendia una biblioteca*, y tenía razón. Últimamente veníamos muy soberbios y nadie escuchaba a nadie, tan ocupados estábamos de caminar al mayor ritmo posible.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

Tenemos que saber que los dichos y las frases populares han perdurado porque seguramente dicen verdades. Y que todos iremos a parar, algún día, a *la quinta del ñato*. El vulgo dice *ñato* al cráneo de una calavera. El cráneo de un muerto no tiene nariz.

Murder Most Foul (Official audio): <https://youtu.be/3NbQkyvbw18>